

Lo importante no es lo que hacemos de nosotros, sino lo que hacemos nosotros mismos con lo que hicieron de nosotros.

JEAN-PAUL SARTRE

Aunque mucha gente cree que al escribir uno se desnuda, en realidad uno se disfraza.

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

¿Cómo fue realmente?

JEAN AMÉRY

No hay vidas de película.

JACQUELINE GOLDBERG

Al lector

Este libro nació cuando el desconcierto general frente a la pandemia me llevó a reflexionar sobre mi propia relación con la enfermedad y la muerte. Como en todo libro de fondo autobiográfico, la escritura fue un camino de *reconocimiento*, una inmersión en la memoria que me permitió revisar mi propia vida e ir llegando a otros temas. Pero lo que el lector encontrará en estas páginas no son unas memorias, pues en forma deliberada he dejado muchos aspectos de mi vida en la sombra. Lo subjetivo, lo íntimo, sólo me interesan en el marco de la experiencia colectiva, del yo dentro de la circunstancia social e histórica. La que aquí habla, pues, es una mujer de una generación, que aspira a iluminar, desde la singularidad de sus vivencias, cómo nos determinan el origen, la política, la educación, la religión, el género, el momento. Y que se pregunta por el papel de la libertad, el azar y el destino en cualquier vida.

Del alma
(que es el cuerpo)

Tápate

Le pregunto a mi amiga si se acuerda de en qué momento le empezó a crecer el vello púbico. Suelta una risita, ladea la cabeza todavía sonriendo y hace silencio durante unos segundos. No, no tiene la menor idea.

Yo tampoco. Y no se trata de simple desmemoria, porque, en cambio, tenemos claro el momento en que nos crecieron los senos. Yo debía tener once años, y me veo en el bañito debajo de la escalera, el que llamábamos «de emergencia», levantándome la blusa para constatar aquel milagro. También recuerdo llevarme un poco de mi propia orina a los labios, con la yema de los dedos, sentir en la lengua su sabor salado y amargo.

Mí cuerpo era un total misterio para mí.

Ni siquiera podía nombrar ciertas partes con alguna precisión. Ni en la casa ni en el colegio se hablaba de senos o de tetas. Dos palabras con las que no logro reconciliarme: *senos* me sigue pareciendo lejana, falsa, impropia. *Tetas*, de una fealdad inaceptable. Ni *vagina*, ni mucho menos *clitoris* eran palabras que estuvieran en mi vocabulario. *Busto* era lo que decíamos cuando nos atrevíamos a nombrar esa parte del cuerpo en transformación. Helen, una compañera esbelta, cuya belleza envidiábamos, opinó que yo tenía un busto muy bonito. Recibí encantada aquel elogio inusitado, porque jamás habría imaginado que ese adjetivo pudiera aplicarse a esa parte de mi cuerpo. Ni de ningún cuerpo.

Unos años antes, tendría nueve o diez, había copiado de alguna parte un desnudo, una mujer sentada sobre sus piernas con unas flores en las manos. Orgullosa de mi logro corrí a mostrárselo a mi madre, que en vez de alabar mis destrezas me señaló que no debía pintar cosas «como esas». Así que empecé a buscarlas. Por el camino encontré varias. La primera fue la lámina de una mujer con un niño prendido al pecho, en un folleto sobre la lactancia que escondí entre mis libros para llevarlo al colegio, con el ánimo de sembrar el desconcierto entre mis compañeras. En el recreo, tres o cuatro juntamos nuestras cabezas sobre aquella imagen perturbadora, cuya visión nos dejó inquietas y asustadas. Mucho más tarde, ya en plena adolescencia, iba a descubrir otras: los pubis de *Playboy* y los dibujos explícitos sobre sexo de un libro de estampas japonesas. Y la escena descrita por Henry Miller en

Trópico de Cáncer, brutal y casi imposible para la desinformada que todavía era yo a los quince años: un hombre masturbándose con una manzana a la que le ha abierto un agujero.

De todos modos, y a pesar de la pacata reconversión de mi madre, encuentro que el pudor es bello en su contención y su misterio. En su discreta elegancia.

La vergüenza es un sentimiento insoportable, porque a veces se confunde con la humillación y otras nos acerca al precipicio del ridículo. Hay una forma de la vergüenza que a mí me resulta especialmente insoportable y que siempre es *a posteriori*: la que nace de la consciencia de haber desnudado, inútilmente, nuestras fragilidades, de haber expuesto nuestras miserias a alguien que no lo merecía. Pero hay otras vergüenzas que nos son impuestas por el medio en que nos hemos criado. ¿Por qué nos abochorna nombrar ciertos órganos? Leo que hay pacientes que mueren por no nombrar el lugar donde les duele. Y hay enfermedades que nos avergüenzan. Al viejo, la incontinencia urinaria. Al hombre, la disfunción eréctil. A la mujer, la vaginitis. Avergüenza hablar de flujos, de malos olores, de sudor excesivo, de hemorroides. De todo aquello que evidencia nuestra parte animal. De lo que se hace en total intimidad: defecar, orinar, expeler, tener sexo. (A mi cabeza ha venido una imagen que nace de alguna lectura: la de los fugitivos del fascismo que partieron de Marsella hacia la Martinica hacinados en el «Capitaine Paul Lemerle», entre los que se contaban Victor Serge, André Breton y Claude Lévi-Strauss, con sus culos al aire desde la borda, porque no tenían otra opción a la hora de defecar. Lo que eso significaba para su dignidad, la forma en que esa humillación diaria acentuaba su desdicha).

Tengo una amiga que sufre de dolores insoportables. Se los produce un nervio sensitivo que casi nadie ha oído nombrar, el pudiendo, que, si entiendo bien, va del clítoris al ano, y afecta todos los órganos alojados en la zona pélvica: la vejiga, la vagina, el recto, los genitales externos. *Pudiendo*, según la RAE, quiere decir feo, torpe, que avergüenza. Viene del latín *puendum*, que significa que produce pudor, que debe taparse. Y también significa órganos sexuales femeninos. Hoy *pudiendo* es un nombre médico para vulva.

En *The New York Times* hay un exquisito artículo que se detiene en cómo *pudendo* supone, desde su origen, que los genitales de la mujer —no los de los hombres, bellamente expuestos en la estatuaria griega— son vergonzosos; y, por tanto, en el carácter sexista del término. Allison Draper, una estudiante norteamericana que se interesó en el tema, señala que *pudendo* «es el único término anatómico que tiene un contexto moral».

Es curioso que Courbet haya titulado *El origen del mundo* su hermosísima pintura de un desnudo sin rostro, donde el primer plano es el de una vagina cerrada, coronada por un vello profuso. Todo en ese cuerpo rebosa salud, naturalidad, juventud. Y aunque la imagen es hiperreal, no hay en ella el artificio que encierra el sexo del porno: ese que Baudrillard afirma que es contrario a la seducción. Aunque hay en ese primer plano una sensualidad que roza el erotismo, Courbet, tal vez temeroso de la reacción del público —que, en efecto, se escandalizó al ver el cuadro—, sublimó su pintura con el título, que apunta no al goce, sino al poder del cuerpo femenino de «dar a luz».

En el largo dormitorio hay dos filas enfrentadas de catres vacíos, tendidos con sus colchas blancas, tirantes, idénticas. Cada día, antes de que amanezca, la monja de turno revisa que no haya ni una arruga: lo que se espera es que si se arroja una moneda sobre la cama, esta rebote. Sin embargo, hoy hay una cama revuelta. Son las dos de la tarde y en ella está una adolescente de catorce años recién cumplidos con la vagina en llamas. Alguien le ha dicho que se eche polvos de talco para aplacar el ardor, y ella lo ha hecho, con fe ciega, sin entender qué puede estar pasando allí abajo, donde uno nunca se toca, donde nunca nadie la ha tocado.

¿Qué disculpa habrá sacado para que la dejen ir a acostarse a media tarde? Porque ella es incapaz de decirle a la directora de grupo que *ahí* le pica, le rasca, como si tuviera un nido de hormigas. Tampoco le escribirá a su madre *mamá, me arde cuando orino, me quemá, me duele*, porque sentiría vergüenza de hablar de una enfermedad *ahí*, ni tampoco *tengo ganas de volver y abrazarte*, porque en su casa no se habla de sentimientos y el amor jamás se ha expresado con abrazos. Con cuidados, sí. Con ropa bonita, limpia y

planchada. Con chocolate caliente a la llegada del colegio, tostadas que huelen desde que ella y sus hermanos pisan la puerta y gritan *mamá*, sólo para oír su voz, para saber que está en casa, como siempre, y que la vida sigue sin perturbaciones.

Cuando hoy, tantos años después, le pregunto a mi hermana por qué cree que me enviaron a ese lugar, ella me dice que las monjas españolas que me expulsaron les dijeron a mis padres que yo necesitaba un cambio. La verdad es que me consideraban mala. Mi propia hermana, de apenas trece años, me consideraba mala, y así me lo hacía saber. Esa palabra, dicha o imaginada, me envolvía como un líquido viscoso que olía horrible, que me avergonzaba. Yo era una niña mala. «Un mal elemento». «Una mala compañía». ¿Cómo no iba a ser mala si siempre estaba rodeada de muchachos, adolescentes toscos con caras marcadas por el acné, con los que patinaba, con los que me escapaba a los parques, con los que coqueteaba sentada en los muros de los antejardines de las casas de ladrillo de mi barrio, de los que ellos huían espantados cuando llegaba mi padre, que nos tenía prohibido «tener amigos»?

Hay imágenes de nosotros mismos que, en retrospectiva, no soportamos. Aquellas en que nos vemos haciendo el ridículo o en condición de inferioridad. Cartas de amor que deberíamos haber roto. Aquiescencias. Ruegos. Aquel vestido inapropiado. Una situación vergonzosa. Duré años para dejar de odiar la idea de mí misma que aquellas monjas me transmitieron. Yo era una niña estridente. Pecaminosa. Ahora que lo pienso, lo que sucedía era que todos los que me rodeaban tenían miedo de verme caminar en un umbral del que yo era inocente.

Me haces daño

Desde los doce yo me preguntaba por qué los adultos nos prohibían a las niñas «meternos» con hombres. Hombres, por demás, que estaban todavía a medio hacer, en plena adolescencia, una etapa donde cunden las desproporciones.

El primero que me gustó se llamaba Jose, así, sin tilde; era chaparro y musculoso, de piel bronceada y pelo cenizo, los ojos enterrados y vivos, dos rayas luminosas, y un hoyuelo en la barbilla, como Tyrone Power, un actor de mi álbum de monas. Tenía catorce años, pero algo había en él que remedaba una masculinidad adulta, tal vez su espalda poderosa, su modo de andar de vaquero del Oeste, su rudeza. Hace poco vi su nombre en un aviso

que invitaba a sus exequias y lo recordé sin una pizca de cariño. Yo tenía trece y una curiosidad enorme sobre el amor, que cultivaba leyendo las novelitas de Corín Tellado. «Me haces daño» era una de las frases preferidas de sus heroínas.

Con Jose supe, por primera vez, que el amor —aunque ese no era amor sino deseo del amor— nos pone irremediabilmente en condición de dependencia. Que el amor nos descerebra, nos hace profundamente vulnerables, y nos condena a salir heridos. Con Jose también supe por primera vez de la violencia masculina.

En la oscuridad de un cine, en matinal, como se le decía a la función de las once de la mañana, viendo películas de espanto que pasaban los inconscientes curas de la parroquia del Divino Salvador, Jose me enseñó que se podía besar con lengua. La suya era áspera y un poco brutal, y no estoy segura de que me gustara, pero sí disfrutaba el hecho de estar haciendo algo que me sacaba abruptamente de la ingenuidad de la infancia y me arrojaba de forma definitiva a la edad adulta. Si aquello era pecar yo pecaba con mucho agrado, siempre y cuando mi hermana, que se hacía la de la vista gorda, no me delatara. Ya llevaba varios domingos experimentando los sobresaltos de mi descubrimiento, cuando a la oscuridad de la sala se le sumó otra oscuridad, la de mi mente desconcertada que se negaba a creer lo que acababa de suceder. Jose, que me tenía agarrada la mano como siempre, la colocó de repente sobre su bragueta, de la que sobresalía algo duro y húmedo que me asqueó. Retiré la mano suavemente, sin atreverme siquiera a un gesto brusco, mientras me preguntaba —me pregunto— si aquello fue real o producto de mi imaginación.

«Tú estás loca» es algo que solemos oír las mujeres de boca de los hombres.

Tú estás loca, afirmaba alguna vez un novio que negaba que se estaba apercollando con una mujer en mis narices.

Yo no he dicho eso. Tú estás loca.

Y una frase que una vez oí, incrédula: si yo no lo oí fue que no lo dijiste.

Poco después Jose me dejó por una chica de ascendencia italiana que se veía mucho mayor que yo. Antes de irse me dejó bien claro que ella le parecía más bonita, y más que el golpe a mi vanidad, que, por supuesto, encajó mal, fue la innecesaria crueldad de su declaración la que me sanó de golpe. Tiempo después me encontré con su madre, que me contó, en un ataque de sinceridad, que después de que en un acceso de furia Jose rompió a patadas la puerta de su casa, lo habían enviado a un internado.

El primer pene que vi en mi vida fue el de mi hermanito, diez años menor que yo. Un colgajo inofensivo, blancuzco y flácido, que no despertaba mi interés. Lo que tuvimos que ver en cambio mi hermana y yo cuando íbamos para el colegio, casi de madrugada, y un hombre abrió su abrigo a unos pocos metros de nosotras, nada tenía que ver con el pene de mi hermanito. Era un instrumento de acero, un arma que echaba fuego por una boca encendida como una brasa, una amenaza desconocida que hizo que nos abriéramos en la acera para dejarlo pasar, aturdidas y temblorosas.

Son dos niñas pequeñas, de ocho y nueve años. La una lleva un pantalón amarillo oro, la otra uno vinotinto, de textura ligera. Van para su casa después de jugar en el parque cuando un hombre se les acerca y les dice que si le ayudan a buscar una dirección les dará ¿dinero?, ¿golosinas? Las dos niñas se sienten abrumadas y halagadas por esta petición: les han enseñado a ser amables y solidarias; le ayudarán a ese señor a encontrar lo que busca, aunque en realidad ninguna de las dos sabe de direcciones. Empiezan a caminar detrás de él y dan una vuelta a la manzana pasando por un lugar en construcción. Como algo en esa solicitud les resulta inquietante, la hermana menor se agacha, agarra una piedra y la lleva empuñada en la mano. Qué podría pasarles, no saben, pero la intuición empieza a ocasionarles malestar. Lo siguen en silencio, sin embargo. Una cuadra, otra. Ahí está, al fin, la dirección, dice el hombre frente a la puerta de un edificio, y les pide que suban con él para darles la recompensa. La niña mayor, la del pantalón vinotinto, dice que ella no sube, que espera abajo, pero la más pequeña se pliega y sigue dócilmente al hombre.

Allí, en la acera, los minutos empiezan a parecer horas. ¿Y si pido auxilio? ¿Y si grito? ¿Y si es un hombre bueno? ¿Y si es malo? Así lo recuerdo. Así me veo, desde las nebulosas de la memoria que ahora me ha concedido unos detalles que había olvidado. De pronto oigo un tropel en las escaleras y veo a mi hermana bajando con cara de terror. Las dos corremos, de la mano, hasta nuestra casa, que está a menos de dos cuadras. Antes de entrar le pregunto a mi hermana qué pasó.

Nada.